

## La travesía de la izquierda hacia la democracia

HERNÁN GÓMEZ BRUERA

De lo que fue el movimiento estudiantil de 1968

En 1968 el país experimentó una crisis que abrió paso a una transformación gradual en nuestros valores culturales y colocó la idea de la democracia política en el centro de las reivindicaciones de los mexicanos. En los ámbitos estudiantiles y académicos, así como desde diversos grupos de izquierda, una nueva generación impulsó una transformación que comenzó a modificar las pautas del discurso político, con una repercusión particular en los partidos de izquierda.

Surgido como una acción social al margen de la institucionalidad dominada por el omnipresente Estado mexicano –que históricamente había invadido todos los espacios de la sociedad–, el movimiento estudiantil de 1968 fue la respuesta de una colectividad a la que le había sido expropiada su capacidad de hacer política y que, en consecuencia, hizo una crítica a las prácticas autoritarias prevalecientes.

A pesar de tratarse de un movimiento donde confluían distintas visiones, la mayoría de las izquierdas, el planteamiento de un régimen de tipo socialista no estaba presente en sus reivindicaciones. En todo caso, el Pliego Petitorio se limitaba a exigir el respeto a las garantías individuales y a las libertades democráticas consagradas en nuestra Constitución a través de cuatro puntos: 1) libertad a los presos políticos; 2) destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola (jefe y subjefe de la policía, respectivamente), así como también del teniente coronel Armando Frías (jefe del cuerpo de granaderos); 3) extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo en la represión y no creación de cuerpos semejantes; 4) derogación del artículo 145 y 145 bis del código penal federal (delito de disolución social), instrumento jurídico de la agresión (Zermeño, 1998: 29).

José Woldenberg, Pedro Salazar y Ricardo Becerra plantean que: "1968 arrojó una advertencia histórica: un primer episodio en el que, masivamente y con gran energía, emergió el reclamo democrático. Ni la protesta masiva ni sus dirigentes hablaron jamás de sistema de partidos, de competencia electoral, de equilibrio de poderes ni de elecciones transparentes. El movimiento estudiantil de entonces quería lo más elemental: las condiciones primarias, básicas, de la vida civil, las condiciones mínimas para practicar las libertades democráticas" (Becerra, Salazar y Woldenberg, 2000: 17-18).

El impacto de aquel momento en la evolución posterior de la izquierda mexicana fue mucho mayor que la huella dejada en el conjunto de la sociedad por la movilización juvenil y su represión. La izquierda no volvió a ser la misma de antes de la movilización estudiantil; unas organizaciones extremadamente dependientes de la ortodoxia soviética y con poco arraigo en amplios sectores de la población, se vieron enfrentadas, de pronto, a una sacudida que las transformó internamente y les hizo recuperar el pulso de la sociedad mexicana. El principal afectado fue el Partido Comunista.

Del régimen político mexicano y de la existencia semiclandestina del Partido Comunista  
El régimen político mexicano se basaba en un conjunto de reglas informales en cuyo centro estaba la institución presidencial y se sustentaba en una fuerte burocracia estatal, así como en una sólida estructura corporativa, eje de las relaciones entre el Estado y la sociedad. En este contexto, el partido oficial era, a la vez que un gran aparato de gestión de demandas sociales, una omniabarcante maquinaria de control de las organizaciones de masas, así como de prácticamente todos los espacios políticos y sociales de la vida nacional ( Jorge J. Romero, inédito).

Siendo que las elecciones jugaban un papel secundario para determinar quién debía gobernar, resultó lógico que los partidos políticos no alcanzaran un pleno grado de madurez ni concibieran lo electoral como un aspecto fundamental de su quehacer político. Así, pequeños grupos, con poca o ninguna convicción de poder, disputaban los pocos espacios que el partido del régimen les dejaba para mantenerlos como una suerte de oposición tolerada que diera sentido a la competencia electoral.

De esta forma, el virtual pluripartidismo mexicano se compuso de un partido de derecha tolerado –Acción Nacional– que osciló entre oposición leal y partido antisistema, así como partidos satélites de la talla del Partido Popular (más tarde pps) y del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, que se conformaban con uno que otro espacio de poder que ocasionalmente les otorgaba el régimen.

Sin duda, la exclusión más significativa de este sistema recaía en la izquierda: durante el periodo más autoritario del régimen, el Partido Comunista Mexicano, fundado en 1919, quedó fuera del sistema político y, con particular vehemencia, fue víctima de la hostilidad del régimen. A partir de la presidencia de Miguel Alemán, el anticomunismo de la guerra fría, sumado a la cerrazón del régimen, mantuvieron al más longevo de todos los partidos fuera de la participación política legal y objeto un persecución que hicieron de éste algo similar a una pequeña secta. Hasta el decenio de los sesenta el pcm había permanecido durante largos años desvinculado del movimiento social mexicano, como una maquinaria poco aceiteada, supuestamente consagrada a hacer la revolución en tiempos de "clandestinidad".

Pero esto comenzó a cambiar a raíz de que una nueva directiva encabezada por Arnoldo Martínez Verdugo logró sustituir a Dionisio Encina como secretario general en los primeros sesenta y como resultado de la emergencia de un movimiento estudiantil a través del cual el pcm comenzó a vincularse de una manera más natural a expresiones de la sociedad que antes había visto con cierta sospecha por no tratarse de la "vanguardia de la clase obrera".

Fue además en el mismo 1968 cuando el pcm condenó la invasión soviética a Checoslovaquia (el único partido heredero de la vieja Comintern que lo hizo en América Latina y uno de los pocos que se atrevieron a hacerlo en el mundo), con lo que el pcm inició una fase de distanciamiento del Partido Comunista de la Unión Soviética, con el cual había tenido una relación de subordinación.

De lo que vino después del 68

Hemos dicho que el movimiento estudiantil de 1968 tuvo importantes consecuencias en el desarrollo democrático de la sociedad. Sin embargo, su trágico final, sumado a la represión del jueves de Corpus en 1971, generó en muchas de las posiciones progresistas y de izquierda, la visión de que era imposible crecer en un contexto autoritario sin salirse de la ruta marcada por la legalidad (Zermeño, 1998). Si bien el movimiento significó un parteaguas importante en la lucha por la democracia y por las libertades políticas en México, la represión que se suscitó en 1968 y los años posteriores provocó también lo contrario: coraje, rabia y hasta desesperación (Condés, 1990).

Muchos no fueron capaces de superar a tiempo el sectarismo y las visiones mesiánicas que en buena medida exacerbó la represión. Dentro de éstos, estuvo un buen grupo de jóvenes y estudiantes, aunque también de campesinos que, radicalizados, pensaron en la lucha armada como la única forma de cambiar la situación del país. Para ellos, los caminos pacíficos estaban cerrados.

Los primeros grupos guerrilleros se formaron como movimientos de autodefensa, incluso antes de 1968. Tal fue el caso de Genaro Vázquez y de Lucio Cabañas (antiguo militante del pcm) en Guerrero. Más tarde, en junio de 1973, como resultado del encuentro de unos 20 grupos y organizaciones partidarias de la lucha armada que compartían una visión extrema del marxismo-leninismo se fundó la Liga Comunista 23 de Septiembre, en Guadalajara.

En la Liga confluyeron un número importante de militantes de la Juventud Comunista encabezados por Raúl Ramos Zavala que, influidos por la represión del 68 y los posteriores acontecimientos del mes de junio de 1971, salieron en desbandada del Partido Comunista para formar, junto con otros cuadros que no tenían militancia partidista previa, la organización guerrillera más grande y radical que conozca nuestra historia contemporánea. En este grupo se desarrolló crecientemente un odio acendrado contra lo "pequeñoburgués" y un rechazo a la participación político-electoral, con el argumento de que quienes lo hacían estaban "domesticados", eran "reformistas" o bien "traidores" que abandonaban la lucha revolucionaria (José Domínguez, inédito).

Sin que el pcm optara jamás por la vía armada, su línea política se endureció a la par de los acontecimientos. En 1970 y en 1973, años de intensa represión, el Partido no postuló candidatura alguna e incluso promovió el abstencionismo por medio de una estrategia sui generis dada a conocer como "abstencionismo activo". El XVI Congreso de 1973 expresó esta radicalización: "No hablamos de impulsar un programa de reformas más o menos radicales, sino de actuar hacia una nueva revolución" (Gerardo Unzueta, en Condés, 1990:28) y se consideraba que el trabajo del Partido debía orientarse a abrir el camino para que las masas adoptaran el rumbo de la revolución (Condés, 1990).

Si bien lo revolucionario se presentaba más de manera retórica que como una auténtica estrategia política, el Partido se inclinaba hacia el radicalismo verbal, se alejaba de la vía político-democrática y se reconocía en una vía revolucionaria y subversiva en la que no había un deslinde del todo claro frente a formas de lucha violentas, aunque no se llamara a la militancia a tomar el camino de las armas. La premisa fundamental de estos años consistía en sostener que el proceso de cambio en México se orientaba hacia la ruptura, por

caminos distintos a los de la legalidad.

El Foro Nacional Estudiantil, celebrado en abril de 1972, ilustró claramente el clima político de la época. Los grupos allí congregados rechazaron la "apertura democrática" de Echeverría y a su ofrecimiento respondieron con una frase que se hizo popular entre los círculos izquierdistas: "No queremos apertura, queremos revolución". De manera enfática Arturo Martínez Nateras enfrentó en aquel foro a quienes postulaban la idea de "Echeverría o el fascismo", como un falso dilema. "Quienes defienden la apertura lo único que hacen es defender la política del régimen", argumentó (Martínez Nateras, 1972: 261).

Visto en retrospectiva, lo que en aquellos años se presentó en el Partido Comunista no fue otra cosa que un doble discurso: si bien se rechazaba con firmeza el régimen del presidente Echeverría con posiciones enfiladas al enfrentamiento y la adopción de la vía armada, en los hechos no se apoyaba claramente el proyecto de la guerrilla, salvo en el caso de Lucio Cabañas, antiguo militante del pcm. Empero, esta aparente radicalización muy pronto sufrió un repentino viraje al tomar forma una posición más moderada. Así, para 1974, en el VI Pleno del Comité Central se volvió a plantear con vehemencia la necesidad de conquistar derechos electorales (Condés 1990).

El pcm presentó en aquellos años una posición titubeante frente al régimen. Por un lado, temía equivocarse frente a los grupos guerrilleros, pero por otro lado buscaba la manera de abrirse espacio y tener acceso al estrecho resquicio electoral del arreglo político hecho a la medida del monopolio político del pri.

La marginalidad en la que los comunistas habían vivido por más de treinta años se volvía ahora más asfixiante que nunca. Era necesario salir de ella para no condenarse al ostracismo político. Seguramente por eso, la II Conferencia de Organización de diciembre de 1974 cambió la línea y dio un viraje completo al partido al elaborar una nueva consigna: la "libertad política para todos los ciudadanos", la cual habría de ser la bandera para rectificar la línea de abstencionismo que había imperado en años previos.

Al aprobarse esta nueva línea política, la relación con la guerrilla se volvió más contradictoria. A pesar de que se planteaba de forma explícita la participación electoral y la búsqueda de su registro, el partido tuvo que renegar de algunos de los compromisos que previamente había adquirido. Uno de ellos fue el que la dirección, a través de una comisión especial integrada por Arnoldo Martínez Verdugo, Valentín Campa y Arturo Martínez Nateras, había establecido contactos secretos con el Partido de los Pobres, encabezado por Lucio Cabañas, al que, según algunos testimonios, el pcm apoyó incluso con armamento (Condés, 1990; Nateras, 1986).

Del arduo camino hacia la legalización

Un hecho importante marcó en 1976 la vida del pcm: la postulación de Valentín Campa como candidato a la presidencia de la República, a pesar de que no contaban con registro oficial y, por lo tanto, no aparecían en las boletas electorales. Se trataba de subrayar la exclusión de la cual el partido era objeto al no permitírsele participar en los procesos electorales, así como impulsar la idea de una reforma política democrática. Dicha reforma, debería incluir modificaciones a la Ley Electoral, una amnistía a todos los presos y

perseguidos políticos, reformas a la Ley Federal del Trabajo para asegurar la libertad sindical y amplias libertades civiles. Campa era el "candidato de los ciudadanos sin derechos" y así recorrió el país. El partido invitaba a la ciudadanía a escribir el nombre de Campa en las boletas donde el único candidato reconocido era José López Portillo, con lo que apareció ante la opinión pública como un partido al que injustamente se le negaban sus derechos.

El pcm había comenzado a experimentar una serie de cambios en su organización, al emerger nuevos actores sociales como los provenientes de la izquierda intelectual universitaria, del movimiento feminista y por la diversidad sexual, el de los cristianos comprometidos con la teología de la liberación y el de organizaciones de derechos humanos, que poco a poco empujaban al pcm a dejar su sectarismo y a vincularse en forma más eficaz con una sociedad que reclamaba la democracia.

En suma, la izquierda mexicana había cambiado después de 1968. Los comunistas mexicanos revaloraron la democracia como elemento fundamental de lucha frente al autoritarismo y evolucionaron los paradigmas que situaban a la clase obrera como la vanguardia exclusiva que encabezaba la lucha social. En los setenta el discurso se enriqueció, además, con la experiencia de los movimientos sindicales como la Tendencia Democrática de los electricistas, que hizo de la democracia sindical el centro de una bandera política enmarcada en el apego a los principios de un nacionalismo revolucionario del que veían distanciado al régimen (Jorge Javier Romero, 1999).

La Tendencia se pronunciaba por que los sindicatos fueran verdaderas "escuelas de democracia" y afirmaba: "El país reclama con urgencia la más profunda renovación de sus estructuras sindicales, agrarias, políticas, económicas y culturales. Reclama la democracia como reclama el oxígeno" (Declaración de Guadalajara, en Rosa M. Garza, 1990).

El asalto efectuado a través de golpeadores a sueldo y la posterior cancelación de una huelga por parte de la fuerza pública, pusieron fin a la Tendencia Democrática en 1977. Sin embargo, ello no impidió que este movimiento tuviera una influencia muy importante en la vida política nacional ni mucho menos que fuese un importante referente para la construcción de una izquierda democrática.

De la reforma política de 1977

Ni la reforma de 1963, que introdujo la novedad de los diputados de partido, ni la de Echeverría de 1973, que promulgó una nueva Ley Federal Electoral, en un intento por dar una apariencia de pluralidad democrática, habían generado credibilidad en la izquierda independiente. Por ello despertó gran interés el famoso discurso de Chilpancingo en el que Jesús Reyes Heróles anunciaba el empeño del presidente López Portillo para que el Estado "ensanche las posibilidades de la representación política".

Cuando se anunció la reforma política y se invitó a las diferentes fuerzas para expresar sus puntos de vista, la dirección del pcm no esperó demasiado para expresar su interés por intervenir en las audiencias públicas organizadas por la Secretaría de Gobernación. La voluntad de participar en procesos electorales había estado presente en el partido desde sus primeros tiempos. Nunca el pcm había dejado de participar en las elecciones, con las únicas

excepciones de 1970 y 1973. A partir de 1929, en cada contienda presidencial había presentado candidato. Después de la candidatura de Ramón Danzós Palomino, en 1964, el tema de la participación electoral fue ampliamente abordado en el XV Congreso. Luego de la etapa de radicalización que vivió el partido como consecuencia de la represión en 68 y 71, reflejada en la táctica de la "abstención activa", la postulación de Valentín Campa en 1976 había tenido el claro propósito de resaltar la exclusión antidemocrática de que los comunistas eran objeto y su interés por salir de aquella marginalidad.

Lo anterior, sin embargo, no quiere decir que el partido y su militancia estuvieran preparados para asumir esta nueva realidad, razón por la cual la dirección tuvo que desarrollar un discurso que pusiera énfasis en la valoración de la democracia política en el entendido de que ésta podía ser útil para hacer avanzar un amplio movimiento de masas, así como para consolidar el trabajo político del partido. Además, el escepticismo con que muchos comunistas se expresaban de la democracia y la legalidad por su carácter burgués, obligaba a un trabajo de convencimiento en torno a la utilidad que para los comunistas podía tener el participar en las instituciones electorales, más allá, desde luego, de las bondades que la democracia pudiera tener como un fin en sí mismo.

En su discurso, el pcm de los tiempos de la reforma introducía el concepto de democracia aunque no renunciaba a la idea ni a la aspiración de la revolución. Se hablaba de lograr un tránsito hacia el socialismo a partir de un proceso de transformación con sentido popular en el que se difería o posponía el carácter socialista.

La dirección del pcm había llegado a percibir que la democratización de nuestra vida política y social comenzaba a ser, y sería durante los años venideros, un tema central del debate nacional. No era posible permitir que la derecha monopolizara este debate y era claro que si la izquierda no lo reivindicaba quedaría rezagada. Lo creyeran realmente o no, había que convencer de que, para llegar a la democracia socialista, era necesario pasar primero por una democracia política al estilo burgués, para lo cual la reforma era considerada un asunto clave.

Para Reyes Heróles la legalización del Partido Comunista era clave con el fin de aumentar la legitimidad del régimen y desactivar a la guerrilla. El pcm se había negado a transitar por los estrechos cauces de la ley electoral, que le exigían presentar una lista de sus afiliados y exponerlos públicamente en asambleas, pues desconfiaba del régimen y temía que fueran utilizadas para perseguirlos. Después de una amplia discusión, que incluyó audiencias públicas con los partidos, Reyes Heróles ideó una nueva fórmula de registro más flexible, sujeta a los votos ciudadanos, y una nueva forma de integración del Congreso, con parte de los diputados elegidos por el principio de representación proporcional. El pcm aceptó las nuevas condiciones de participación y obtuvo su registro electoral después de la reforma.

Sin duda, de todas las fuerzas de la izquierda independiente, el pcm fue el que pugnó antes y con mayor fuerza por participar en los procesos electorales. Con ello se colocó a la vanguardia frente a otras organizaciones que habían hecho suyas las posiciones antielectorales. Baste recordar el comportamiento que frente a la reforma política tuvieron, ya no los grupos más radicales de la izquierda, sino partidos como el pmt y el prt que, si bien es cierto que no siempre fueron vistos con buenos ojos por el Gobierno, e incluso

fueron víctimas de todo tipo de trabas burocráticas para otorgarles registro, también es verdad que sostuvieron posiciones de una gran rigidez política.

El prt, a pesar de haberse planteado la obtención del registro, hablaba de intentos por "contribuir a la colaboración de clases que, a las cortas o a las largas, sólo servirían para reestablecer el dominio del capital sobre las masas trabajadoras" (Rodríguez Araujo, 1979: 215). La lógica del pmt fue un tanto distinta, pues si bien este partido había expresado su interés por participar en elecciones, tuvo serias dificultades para definirse por la participación electoral. El establecimiento de una disposición que obligaba a los partidos que optaran por el registro condicionado a tener cuando menos cuatro años de actividad política, de entrada se interpretó como una dedicatoria para evitar el registro del pmt (Javier Santiago, 1987:116). En esas circunstancias, se dieron expresiones como las de Heberto Castillo cuando calificó la reforma política de 1977 como "el camino al fascismo".

En el caso del pcm fue muy claro cómo la reforma política proveía a sus cuadros de incentivos claros para la participación político-electoral e incluso para la posibilidad de unificar a un espectro más amplio de la izquierda al abrir oportunidades para acceder a posiciones de poder. La campaña electoral de 1979, desarrollada bajo el lema "Democracia y más salario", permitió que una alianza conocida con el nombre de Coalición de Izquierda y formada por el pcm, el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (maus), el Partido del Pueblo Mexicano (ppm) y el Partido Socialista Revolucionario (psr) lograra obtener 703 mil votos que representaban 5.8% del sufragio total (cifra que con mucho superaba el 1.5% necesario para refrendar el hasta entonces registro condicionado).

Para fines de 1979 el pcm se encontraba en su época de oro: en cinco años había multiplicado 25 veces su membresía y su organización se había extendido por todo el país, logró romper su aislamiento y formar alianzas con organizaciones sociales y partidos políticos de izquierda y, por primera vez en 60 años de existencia, tenía un grupo parlamentario en la cámara de diputados.<sup>1</sup>

Del XIX Congreso o del intento por acabar con los dogmas del comunismo

En 1980 tuvo lugar el XIX Congreso del pcm en el cual posiblemente se dio una de las discusiones más importantes de su historia. Los exitosos resultados electorales permitieron vencer una parte importante de las resistencias de quienes tenían las concepciones más dogmáticas e intransigentes, y dar una discusión conceptual y teórica, tanto de la estrategia política que el partido debía seguir para democratizar al país como de las reformas internas que era necesario emprender a fin de ampliar y diversificar su participación en nuevos sectores de la sociedad.

El Congreso marcó un momento importantísimo de refundación para el comunismo mexicano y permitió sentar las bases para una posterior unificación de la izquierda mexicana. La discusión de 35 tesis generó un debate acalorado de varios meses, que incluso se prolongó hasta después de su celebración, en el marco de una encarnizada lucha entre los llamados renos (autodenominados renovadores) y los calificados por contraposición como dinos (dinosaurios), más cercanos al aparato de la dirección; grupos que en los últimos años de vida del pcm se disputarían el control del partido.

En las tesis del XIX Congreso surgieron nuevos e importantes planteamientos. El concepto

de marxismo-leninismo fue cuestionado en su modernidad y sustituido por el de socialismo científico; la lucha de clases dejó de ser, de manera sutil, el eje de un partido cuyo fundamento, por más de 60 años, había sido destruir el capitalismo y el Estado que lo respalda; se expresó la necesidad de incorporar organizaciones más amplias y plurales para enfrentar el autoritarismo del sistema político mexicano; se aceptó la existencia de nuevos combatientes por el socialismo, más allá de la clase obrera como única fuerza de vanguardia; se insistió en un cambio organizativo que permitiera una mayor participación de las bases; y se modificó parcialmente la vieja concepción del "centralismo democrático",<sup>2</sup> que en la práctica funcionaba como mucho centralismo y nada de democracia, para darle un contenido y una interpretación que permitiera regir la vida interna del partido de una manera democrática.

La gran polémica del XIX Congreso fue aquella que permitió enterrar el viejo concepto de la dictadura del proletariado. A partir de ahora, ya no se lucharía por esa concepción marxista-leninista, vinculada históricamente al autoritarismo estalinista, y, en su lugar, pugnaría por un poder obrero democrático. El cambio no fue sencillo y en esas épocas, en las que la izquierda todavía discutía ideas, el debate se alargó muchísimo. Finalmente la modificación fue aprobada, aunque por un margen pequeño: 145 a favor y 123 en contra. La medida contó con el apoyo del núcleo de la dirección, pero a ella se opusieron, entre otros, varios de los renos.

A pesar de todos estos avances, sin duda hubo algo que el XIX Congreso no logró extirpar: la idea de la revolución como forma de transformación de la sociedad. Así, la lucha por la democracia era concebida como "uno de los elementos principales de la táctica revolucionaria" (pcm, 1980:26). Visto al menos desde el presente, resulta un tanto contradictorio el hecho de que un partido que se comprometía con la democracia y que en sus documentos básicos asumía la vía pacífica de transformación mantuviera una retórica revolucionaria. Prevalcía en la izquierda mexicana –como prevalece hoy en muchos sectores– la idea de que la revolución es compatible con la democracia, sin ver la antagonía que existe entre ellas.<sup>3</sup>

El debate entre democracia y revolución corría en forma paralela al de las formas de lucha –nada sencillo, por cierto. Si bien el XIX Congreso marcó un avance muy importante para un sector de la izquierda mexicana, también reflejó su atraso al quedar sentado el escepticismo de muchos comunistas en relación con el significado de la vía electoral y la participación parlamentaria. El caso más sonado fue el de los renos, quienes cuestionaban con dureza la vía parlamentaria con el argumento de que el partido, al concentrarse en las actividades relacionadas con la Cámara y la negociación con los representantes del Estado, descuidaba la actividad directa con los trabajadores y los movimientos de masas.

Si bien es cierto que las tesis del XIX Congreso lograron superar en alguna medida las concepciones más arcaicas y desdeñosas en relación con el parlamentarismo, no hay que perder de vista que, en general, para los comunistas la participación en las elecciones era considerada como una forma más de lucha.

Una contribución muy importante del XIX Congreso fue el esfuerzo que hizo la izquierda mexicana, a través del pcm, por incorporar a la participación política a nuevos sectores sociales que integraban la diversidad del país y las causas de una sociedad moderna. Así, la



izquierda, a través del pcm, pudo acercarse a las capas medias y a otros grupos que tradicionalmente habían estado alejados de la política, a través de un discurso renovado. Fue así como adquirió resonancia la agenda feminista y se inauguró, al menos en un partido político con registro, la bandera del respeto a la diversidad sexual.

#### Del intento de unidad de la izquierda mexicana

La insurgencia sindical y la lucha guerrillera que se gestó en los años setenta, junto con el fracaso de Echeverría por abrir una rendija de apertura democrática, desde arriba, impuso a la izquierda un nuevo curso de acción centrado en su unidad. Si la dispersión había sido una de las principales causas de su debilidad histórica, la reforma política logró catalizar y proveer los estímulos necesarios para superarla a través de la fusión de diversas fuerzas en un solo partido.

El Partido Socialista Unificado de México (psum)<sup>4</sup> surgió como un intento por aglutinar a un amplio espectro de la izquierda, en el entendido de que un nuevo partido podría jugar un papel importante en la modernización del sistema político y ser la superación crítica de sus organizaciones preexistentes. A la fuerza mayoritaria del pcm –hegemónica desde el principio–, se sumó el Partido del Pueblo Mexicano, una escisión del pps, encabezada por Alejandro Gascón Mercado,<sup>5</sup> de corte estalinista y base campesina; el Movimiento de Acción y Unidad Socialista, un pequeño grupo de antiguos militantes comunistas expulsados en la época de las purgas de los cuarenta, y el Partido Socialista Revolucionario.

A la fusión no llegó el Partido Mexicano de los Trabajadores porque su líder natural, Heberto Castillo, a pesar de haber participado en las negociaciones tendientes a su constitución, se retiró en el último momento (aunque sí se sumaron algunos cuadros que, molestos por su salida, se escindieron). Casi a punto de concluir este proceso ingresó el Movimiento de Acción Popular,<sup>6</sup> una organización política de militantes del sindicalismo, líderes agrarios e intelectuales, que se había venido formando durante los años posteriores a la reforma política. Esta organización se caracterizaba por su reconocimiento al camino de las reformas como una opción legítima, lo cual lo acercaba a posiciones de tipo socialdemócrata, aunque no fuera enunciado como tal.

Integrado por personalidades como Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, José Woldenberg, Adolfo Sánchez Rebolledo, Arturo Whalley Martínez, Pablo Pascual Moncayo, Gustavo Gordillo, Hugo Andrés Araujo y Antonio Gershenson, el map poseía vínculos con algunos sindicatos independientes como el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear y la Tendencia Democrática del suter. Esta tendencia, encabezada por Rafael Galván, había comprendido –tras el declive del movimiento sindical y la reforma política– que sólo a través de una personalidad política reconocida, como lo era desde 1979 el pcm, podría tener trato con el Estado, idea que, al ser trasladada al map, lo llevó a plantear su ingreso al psum.

La víspera de los comicios obligó a que los plazos para concretar la fusión se dieran de manera acelerada y que fueran pospuestas muchas de las discusiones para resolver las diferencias políticas e ideológicas que evidentemente existían entre las fuerzas constitutivas. La propuesta elaborada para la fusión de las fuerzas integrantes del nuevo partido privilegió un proyecto unitario que no siempre logró resolver diferencias de fondo.

Quienes provenían del ppm, a pesar de su experiencia en la Coalición de Izquierda y de aceptar muchas de las tesis del XIX Congreso, no necesariamente las asumieron como propias. Los miembros que provenían de estos partidos habrían de sentirse relegados cuando, poco después, el nuevo Comité Central eligió a Pablo Gómez como secretario general y colocó a ex miembros del pcm en la Comisión Política y en el Comité Central. Con ello, varios no aceptaron participar en la dirección.<sup>7</sup> Mal comienzo para el nuevo partido.

Ante la imposibilidad de lograr una discusión de principios, el psum no pudo eliminar la tesis del "centralismo democrático" que muchos todavía sostenían como principio rector de organización jerárquica que garantizaba la disciplina y la unidad. La candidatura presidencial de Arnoldo Martínez Verdugo, que además del psum logró sumar a la cocei, al Partido Obrero y Socialista (pos) y la Unión de Izquierda Comunista (uic), aglutinó a un amplio sector de la población con deseos de participar políticamente en una alternativa distinta.

La "Marcha por la democracia", como se llamó la campaña de 1982, incorporó un discurso democrático y ciudadano con pocos precedentes en las izquierdas de México. Cambiar la vida, el texto con el que inició, marcó la diferencia frente a la retórica tradicional de la izquierda. En un discurso inusual, que poco se parecía a los de los comunistas de su tiempo, Arnoldo Martínez Verdugo, candidato a la presidencia de la República, decía: "Cambiar la vida no es tarea de unos cuantos. Sólo la sociedad cambia a la sociedad [...] Nuestro proyecto político tiene que ir más allá de la política. Queremos construir un nuevo liderazgo ideológico y cultural y promover una profunda transformación intelectual y moral de la sociedad [...] La democracia tiene que desplegarse en todos los planos de la vida social, debe inundar de acción y pensamiento popular a todas las instancias de la sociedad civil" (psum, 1981:32).

Desafortunadamente, el resultado electoral fue decepcionante y desalentador para quienes esperaban un resultado mejor para la izquierda, especialmente porque el psum, siendo una fuerza más amplia que la Coalición de Izquierda de 1979, obtuvo un porcentaje de votación ligeramente menor. Para las elecciones legislativas el nuevo partido perdió 353 381 votos (38% en su votación relativa) y obtuvo cinco diputaciones menos que en la elección anterior. Los comicios fueron cuestionados y fue puesta en duda la confiabilidad del padrón. Concluido el proceso, el psum denunció el intento de favorecer a otros partidos para minimizar la fuerza de la izquierda independiente.

De cómo se fracturó el Partido Socialista Unificado de México

La perspectiva de construir un partido moderno de la izquierda, democrático y plural, que fuera disputando espacios de poder a través de su participación electoral, parecía haberse concretado con la fundación del Partido Socialista Unificado de México; sin embargo, el psum nunca pudo superar las diferencias entre las distintas corrientes que lo formaron. El conflicto más severo ocurrió a fines de 1984: la salida del grupo de Alejandro Gascón.

El anuncio se hizo en febrero de 1985, a raíz de una serie de diferencias que se presentaron con Pablo Gómez, secretario general, cuyo estilo personal y forma de ejercer la autoridad irritó a Gascón y a sus seguidores, quienes lo acusaron de favorecer a los antiguos

miembros del pcm. La pugna se había hecho evidente desde 1984, luego de que Gómez fue reelecto secretario general e hizo crisis durante la preparación de la Asamblea Nacional Electoral de septiembre. Así, durante la celebración del XI Pleno, Gascón acusó a Gómez de haber interferido en las asambleas electorales de por lo menos nueve estados, entre ellos Nayarit, y manipular el padrón para aparentar más votos a su favor con el objeto de asegurar una mayoría de delegados para controlar la Asamblea Nacional Electoral.

Muy pronto su grupo anunció la formación de una Corriente Política Democrática y Radical, que más tarde habría de llamarse Partido de la Revolución Socialista. Poco tiempo después se supo que en todo el país alrededor de 30 mil miembros se habían retirado del psum.<sup>8</sup> Toda esta lucha política desgastó al psum y no le permitió consolidarse. A pesar de la importante participación que tuvo en las luchas sindicales de mediados de los años ochenta, sus conflictos internos le restaron presencia a nivel nacional.

Durante las elecciones de 1985, además, un suceso conmovió a muchos y ensombreció el proceso electoral: el secuestro de Félix Bautista y Arnoldo Martínez Verdugo. El episodio tuvo que ver con el destino de los dineros del secuestro de Rubén Figueroa por parte del Partido de los Pobres, comandado por Lucio Cabañas en 1974. Al parecer, se trataba de un hermano de Lucio que, en nombre de ese partido, reclamaba una parte del dinero del secuestro que había ido a parar al pcm y había sido utilizado en la compra de diversos bienes. La historia exhibía las contradicciones en la línea política que el Partido había adoptado a partir de 1974 y su compromiso a aceptar las vías de lucha legales, pero también obligaba a esclarecer la relación que había tenido la dirección del pcm y el apoyo que se había dado a la guerrilla de Lucio.

Una vez liberado Arnoldo, un grupo, especialmente de "mapaches", preocupados por el daño que para la imagen del partido significaban estos acontecimientos, trajeron a la discusión el tema del secuestro en uno de los plenos del Comité Central. Ahí se aprobó la elaboración de un texto aclaratorio, a cargo de Gustavo Hiraes, José Woldenberg y Pablo Gómez, en el que se explicaba la cuestión del secuestro y el deslinde con el grupo del procup. A la distancia, muchos todavía ven ese texto como el momento clave en el que el pms se definió por la legalidad y la democracia.

De la efímera existencia del Partido Mexicano Socialista

La crisis del psum se había hecho evidente desde 1985. La salida del grupo de Alejandro Gascón, el secuestro de Martínez Verdugo y el descenso de hasta un 30% en los resultados electorales, producto en buena medida del ingreso del pmt a la vida electoral en 1985, generó un gran desánimo que se sumó a un ambiente de deterioro y desgaste dentro del partido. Se hizo cada vez más notorio que no tenía sentido competir con el grupo de Heberto por el mismo mercado electoral y era necesario incorporar a los grupos marginados de la vida electoral en una alianza más amplia.

La lógica que inspiró la creación del pms en 1987 fue, en esencia, la misma del psum. Se buscaba escapar de los conflictos internos que se habían vuelto asfixiantes y generar una unidad más amplia capaz de construir ese gran partido de izquierda que pudiera ser opción real de poder. El nuevo partido logró aglutinar orgánicamente a cinco fuerzas: psum, Partido Patriótico Revolucionario, Movimiento Revolucionario Proletario, Unidad de

Izquierda Comunista y pmt. Unos meses después de que éstos firmaran su acuerdo de fusión, hubo de sumarse también una escisión del Partido Socialista de los Trabajadores, autodenominada pst-Tercera Asamblea Nacional Extraordinaria.<sup>9</sup>

Si bien la propuesta sostenida por la mayoría era bautizar a la organización como Partido Socialista Mexicano, debió cambiar su nombre por el de Partido Mexicano Socialista como una concesión a Heberto Castillo, quien prefería un partido que antepusiera lo mexicano a lo socialista.

El proyecto de creación del pms, a pesar de su similitud con el psum, llamó la atención por una serie de diferencias. Se dejaba de aludir al término "marxista-leninista" y al "socialismo científico" y se renunciaba por primera vez al símbolo de la hoz y el martillo. También se presentaron avances importantes en la estructura interna: desaparecía completamente de los estatutos y documentos básicos el concepto de "centralismo democrático" como el principio rector de organización, por considerar que éste había propiciado oligarquías dirigentes y había aplastado la crítica. Las propias bases de fusión buscaban que el nuevo partido superara el sectarismo y la intolerancia de que había sido víctima el psum, para lo cual se establecía el derecho a la existencia de corrientes y el respeto a las opiniones minoritarias.

Sin duda la heterogeneidad del pms ya no permitía a los ex comunistas gozar de la hegemonía que lograron perpetuar hasta el psum. Ya no podían solos y la presencia de cuadros provenientes del pst y del pmt –fundamentalmente– imprimía una gran competencia. Al pms se sumaron, además, organizaciones con antecedentes guerrilleros, lo que nuevamente generó una serie de retrocesos y obligó a discusiones que parecían superadas, la más importante de ellas: el compromiso con la legalidad.

Planteamientos como los que refrendaba José Woldenberg en el sentido de asumir un pleno compromiso con la legalidad constitucional y de propiciar "el cambio de la legalidad dentro de la legalidad", evidentemente no caía muy en gracia a cuadros que provenían de organizaciones con antecedentes guerrilleros.

La actitud ambigua de estos grupos frente a la legalidad se expresó en cuestiones concretas y evidenció la existencia de un revivido radicalismo. Un ejemplo claro de esta conducta fue la Corriente Socialista que devino en ppr, un grupo marxista radical encabezado por Jesús Zambrano y Camilo Valenzuela, cuyos cuadros provenían directamente de la Liga Comunista 23 de Septiembre y habían pasado por un lento y difícil proceso de rectificación.<sup>10</sup> Si bien habían asumido la lucha legal y pacífica, constantemente le ponían cuestionamientos a la legalidad, así como al reconocimiento que de ésta debía hacer el propio partido.

Este grupo y otros como la uic y el mrp compartían la preocupación de que el partido no fuera un "partido electorero", sino ligado al movimiento de masas y, sobre todo, a la ideología y práctica revolucionarias. Con ello, el espacio para una fuerza como el map, que se apartaba de estas tesis, se cerró mucho y quedó minimizado frente a la lógica de cuotas con que se conformó el pms.

De cómo irrumpió Cuauhtémoc Cárdenas en la izquierda mexicana  
Inmediatamente después de su integración, el pms se vio inmerso en el proceso para

seleccionar a su candidato presidencial. El nuevo partido inauguró un método de elección sin precedentes en la historia del país: el sufragio directo. A través de él, no sólo los miembros que se afiliaran al partido, sino cualquier ciudadano mexicano podía votar por el candidato de su preferencia a través de unas primarias en las que el partido daba un ejemplo de democracia, en medio de una cultura política antidemocrática, al tiempo que mostraba su voluntad de crear un proyecto político alternativo.

Los cuatro precandidatos –José Hernández Delgadillo, Antonio Becerra Gaytán, Eraclio Zepeda y Heberto Castillo– llevaron a cabo durante un mes amplios recorridos por el país en pos de la postulación interna, discutieron sus propuestas y celebraron debates. Sin duda era un acontecimiento que llamaba la atención ya que por primera vez en la vida del país un partido realizaba una consulta, no sólo a la base sino a la ciudadanía en general, para escoger a su candidato. Como era de esperarse, Heberto salió triunfador.

A pesar de la prontitud y eficacia con la que el calendario político del pms había escogido a su candidato presidencial, el advenimiento de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, en octubre de 1987, surgido de la Corriente Democrática del pri, modificó radicalmente el panorama político nacional. Presentada públicamente dos años antes e integrada por figuras como Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y César Buenrostro, la cd comenzó a ser cada vez más crítica en su denuncia al autoritarismo del régimen y a sus mecanismos de reglas no escritas, mismas que, con el destape de Carlos Salinas, evidenciaron los métodos antidemocráticos del pri y el continuismo en la política económica.

El movimiento comenzó a crecer. La candidatura de Cárdenas despertaba cada vez más entusiasmo y pronto se hizo evidente que la izquierda debía ir unida en torno a una sola figura. Naturalmente, Heberto no iba a renunciar y Cárdenas tampoco. Durante varios meses hubo declaraciones cruzadas, asomos de acuerdo y la posible elaboración de unas nuevas primarias en las que participara toda la izquierda.

En enero de 1988, diversas fuerzas políticas y sociales del país, aglutinadas en torno a Cuauhtémoc Cárdenas, formaron el Frente Democrático Nacional. A esta agrupación, además del parm y el pps, se sumaron el Partido Social Demócrata, el Partido Verde, el Partido Liberal, el Consejo Obrero Campesino de México, el Partido Revolucionario Socialista, la Organización Revolucionaria Punto Crítico, Convergencia Comunista, la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria,<sup>11</sup> la Asamblea de Barrios, la Coordinadora Obrero-Campesina Estudiantil del Istmo y el Movimiento al Socialismo.<sup>12</sup>

El pms se comenzó a descomponer de manera trágica y muchos de sus cuadros emigraron al fdn. Así se mantuvo hasta el final. No participó en ninguna de las movilizaciones más importantes de la campaña electoral del fdn<sup>13</sup> y sólo una vez que hubieron pasado los tres mítines más concurridos –el del Zócalo, el de la Laguna<sup>14</sup> y el de la unam–, el 7 de junio de 1988, Heberto aceptó declinar. La mayor parte de las versiones coinciden en señalar que su decisión fue resultado de una encuesta, nunca hecha pública, que arrojaba cifras adversas a la candidatura de Heberto. Según lo que hoy sabemos, mientras el pms estaba en un 3.4%, Cuauhtémoc Cárdenas alcanzaba casi 37% de la intención de voto.

El convenio a través del cual el pms otorgó su apoyo a la candidatura de Cárdenas establecía, como primer punto, el compromiso a "emprender una profunda reforma democrática del Estado, eliminando de inmediato el ejercicio extraconstitucional de las facultades presidenciales y el corporativismo que se han convertido en el sustento de un régimen autoritario". Se establecían compromisos políticos, como el de la integración de un gabinete plural, así como la negativa a aceptar, tanto por parte de los miembros del pms como de la cd, cualquier puesto en un gobierno que no fuera el de Cuauhtémoc Cárdenas (Maldonado, 1989:181), ello por el temor que muchos en el pms tenían de que Cárdenas o Muñoz Ledo estuvieran haciendo aquéllo para hacerse de un futuro puesto en el gabinete.

Con la adhesión del pms, la izquierda se sumaba casi por completo a la candidatura de Cárdenas. Sólo el prt, quien en palabras de su dirigente Edgar Sánchez mantuvo una posición firme como "la única opción socialista en el país", decidió mantener la candidatura de Rosario Ibarra a la presidencia de la República.

De lo que significó 1988 para la izquierda

Después de la campaña, el fdn se enfrascó en una intensa lucha por revertir lo que consideraba un gran fraude electoral; consideró ilegítimo el triunfo de Carlos Salinas e intentó evitar su toma de posesión. El 9 de julio, en un boletín de prensa a los medios informativos, Cárdenas afirmó que "empeñarse en consumir el fraude, después de una muy elevada y entusiasta participación ciudadana en la elección y de la voluntad expresada, mayoritariamente desfavorable al partido oficial, equivaldría técnicamente en un golpe de Estado". Cárdenas hacía una convocatoria a la "movilización popular, pacífica, dentro de los cauces de la ley" y afirmaba: "No reconoceré a autoridades que pudieran surgir del fraude electoral, con más vigor sostendremos la lucha por el imperio de la ley y por la vía pacífica para el relevo del gobierno" (Maldonado, 1989: 201).

La percepción del pms frente a Cárdenas cambió por completo a partir de las elecciones. Ahora, el ex priísta era visto como "la fuerza que representa y promueve un nuevo sistema político", capaz de llevar a la abolición del partido oficial y a "la realización de una profunda reforma democrática del Estado", por lo que el Pleno resolvió impulsar, con otras fuerzas, "la integración de un frente, federación de partidos o coalición permanente, en el que se agrupasen a las fuerzas comprometidas con la lucha actual" (pms, 1988:5).

El 14 de septiembre de 1988 Cárdenas lanzó la convocatoria para crear una nueva organización que "el proceso de unidad de las fuerzas revolucionarias" y permitiera a las contiendas electorales ser conducidas por un solo registro (Bermejo, 1999). En su VI Pleno, el pms aceptó la convocatoria de Cárdenas y declaró: "No tenemos derecho, pensamos en la dirección del pms, a dejar sin respuesta a tantos millones de compatriotas que vieron en la unidad y en la democracia que planteamos por todos lados, la alternativa liberadora para México" (Maldonado, 1989: 241).

Pero era evidente que, más allá de principios y obligaciones morales con el pueblo de México, el pms se había percatado de que la opción que representaba Cárdenas acrecentaba sustancialmente su capacidad de crecimiento electoral. Ya no se podía seguir en la marginalidad "cincoporcientera" obtenida por el pcm en 1979 y no superada ni por el psum ni por el pms. La izquierda frente a Cárdenas no tuvo otra opción que el pragmatismo. El

predominio de incentivos selectivos, para utilizar los términos de Panebianco, se impuso como nunca antes: se trataba, sin duda, de la capacidad concreta, no vista antes ni por asomo, de acceder a posiciones de poder que en verdad disputaran el predominio del pri.

En enero de 1989, durante el II Congreso Nacional del pms, el último en su corta historia, se decidió por mayoría ir a la construcción del prd. Ante la negativa del parm, pfcrn y pps de participar en el proyecto, y frente a la indisposición del gobierno para dar registro al nuevo partido, aun cuando se había cumplido los requisitos para ello, no quedó otra opción para el prd que adoptar el registro del pms, lo cual fue aceptado por la Comisión Federal Electoral el 5 de mayo de 1989.<sup>15</sup> Así llegó el fin del socialismo en México.

De la inexistencia socialdemócrata en nuestra historia y de sus asomos Hemos visto cómo, a partir de 1968, una parte importante de la izquierda mexicana inició una búsqueda por la democracia política, al tiempo que hacía una crítica al socialismo real planteándose un proyecto distinto al que enarbolaba el modelo soviético. Aunque sin reconocerlo abiertamente, el pcm y más tarde el psum y el pms, en la conquista por sus derechos políticos, así como en la defensa de un socialismo democrático, se plantearon el tránsito por la vía del reformismo.

Así, en su estrategia política –aunque nunca en su discurso– la izquierda mexicana objeto de este estudio, se acercó, sin reconocerlo abiertamente, a una opción socialdemócrata. A partir de 1979, tras obtener su registro electoral, así como después del XIX Congreso, el pcm aceptó en sus documentos la viabilidad de las reformas y asumió, no sin ciertas reticencias, las vías parlamentaria y legal, las cuales se extendieron al psum y al pms.

No obstante lo anterior, la influencia que el régimen comunista soviético jamás dejó de tener sobre estos partidos y la herencia de la Revolución de octubre como un referente obligado, hicieron que la izquierda no dejara de concebir a la socialdemocracia como una desviación inaceptable. En este sentido, llama la atención la ausencia de un partido propiamente socialdemócrata en nuestro país. Una explicación posible se encuentra en el tipo de tradiciones de izquierda a lo largo de nuestra historia, las cuales están fuertemente marcadas, en sus extremos más visibles, por el populismo nacionalista o por el marxismo ortodoxo (Bartra [1996] 2000).

La tradición reformista, que no propiamente socialdemócrata, tiene un origen profundo en la historia de México. El socialismo reformista echó raíces en el siglo xix, luego del triunfo de la reforma liberal y estuvo presente de manera importante en los gobiernos surgidos de la Revolución mexicana. Siendo el lombardismo una de sus expresiones más notables, adquirió especial relevancia durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y algunas corrientes progresistas que gravitaron en torno al Estado social mexicano.

A pesar de que estos gobiernos poseen algunos rasgos que los acercan a la socialdemocracia, no lo fueron propiamente, en buena medida porque, a diferencia de las corrientes socialdemócratas tradicionales, las mexicanas hicieron a un lado la lucha por la democracia política, ya fuera desde el populismo nacionalista, ya porque adoptaron una fraseología marxista-leninista rígida, con lo que se desarrolló lo que Bartra denomina "una especie de socialdemocracia prosoviética" (Bartra [1986] 2000:100) cuyo más claro

ejemplo es Vicente Lombardo Toledano.

La socialdemocracia es fundamentalmente un fenómeno europeo y su arraigo en América Latina y México ha sido más bien débil. En el periodo materia de estudio, sus efectos se dieron en forma más bien fragmentada y parcial. Nunca alcanzó a tener una influencia importante. La Tendencia Democrática de los electricistas encabezada por Rafael Galván, fracasó en su intento por conformar una fuerza sindical independiente; y el map, al diluirse en el psum, no logró que sus posiciones fueran hegemónicas. Con todo ello, la posibilidad de construir un partido de corte socialdemócrata no fue planteada por la izquierda independiente.

Las condiciones de un Estado autoritario, despótico y centralista, monstruosamente absorbente y corporativo, no permitían un proyecto de este tipo. Ni el pcm, por razones evidentes, ni el pmt ni mucho menos el pst –engullido por el gobierno– pudieron emprender un proyecto de matiz socialdemócrata.

De acuerdo con el planteamiento de Roger Bartra, un movimiento socialdemócrata requiere por lo menos: 1) una intelectualidad nacionalista, 2) una organización obrera reformista y 3) una capacidad gerencial para administrar reformas dentro del sistema. Con estos tres elementos contó el pri –para bien o para mal– pero sólo de manera fragmentada los partidos de izquierda, que en buena medida tampoco pudieron fructificar en el contexto de un Estado autoritario, despótico y centralista, monopólico y corporativo. La viabilidad de un partido socialdemócrata se vio truncada, además, porque "mientras la izquierda estaba sujeta a la inercia de viejas concepciones que la hacían corta de miras, las propuestas de corte socialdemócrata fueron un filón cubierto por otras corrientes" (Pablo Rafael, inédito).

La revolución mexicana y la existencia del pri –plantea Adolfo Sánchez Rebolledo– cubrieron ese espacio de la izquierda que recogió en leyes y políticas públicas el programa de reformas sociales que en otras circunstancias enarbolaba la socialdemocracia. En este contexto, la izquierda moderada se sumó al partido oficial y acabó dentro de su gran coalición de poder, la cual sumó también al sector de los obreros (Adolfo Sánchez Rebolledo, entrevista).

La Corriente Democrática surgida de las filas del pri fue un intento socialdemocratizador. Mientras Cuauhtémoc Cárdenas hizo revivir en el neocardenismo el proyecto social de reformas de su padre, el general Lázaro Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, como presidente de ese partido durante el sexenio de Echeverría, cultivó relaciones con la Internacional Socialista con el objeto de promover el acercamiento de su partido a esa organización. Al criticar los métodos antidemocráticos del régimen priista y al levantar la bandera nacionalista y cuestionar a la tecnocracia gobernante, la cd fue el embrión de una opción socialdemócrata, aunque pronto cayó en un populismo revitalizado (Jaime Tamayo, 1993: 373).

Como núcleo articulador de una amplia alianza de centro-izquierda que daría origen a la formación del prd, la más amplia que ha conocido la izquierda hasta hoy, ha acabado por reproducir muchos de los lastres del viejo nacionalismo populista, lejano a la tradición democrática (Bartra, [1986] 2000)<sup>16</sup> y que tradicionalmente representó en nuestro país "el



flanco histórico de una corriente autoritaria que puso el acento en la justicia social pero sin compromiso con la democracia" (Rincón, 1999:192).

Al no haber nacido el nuevo partido como resultado de una discusión ideológica y programática entre las distintas fuerzas que confluyeron en su creación en 1989, sino como un intento pragmático de sostener la fuerza política lograda con el relativo éxito de la candidatura de Cárdenas, tampoco hubo en el prd la posibilidad de hacer un planteamiento propiamente socialdemócrata.

El terreno para la socialdemocracia vio frenado, además, al convivir dentro del partido con grupos también nostálgicos de la idea de la revolución como mecanismo transformador de la sociedad (Romero, 2001, inédito), tales como los provenientes de la Corriente Socialista, convertida en Partido Patriótico Revolucionario, fusionados más tarde en el pms; y otros como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, de Mario Saucedo, ambas de matriz radical y con militancia ex guerrillera.

La intransigencia con que Cuauhtémoc Cárdenas se relacionó con el régimen salinista, al apostar por un movimiento antisistema y al desarrollar una línea opositora que pretendía acorrallar a las fuerzas oficiales para conducir al régimen a su derrumbe, lo llevó a dar la espalda a cualquier suerte de pacto, así como a despreciar cualquier posibilidad de diálogo con los representantes gubernamentales. Esta actitud, que lo condujo a renunciar en los primeros años a la construcción de un partido tanto orgánica como pragmáticamente, hizo que el prd subestimara la importancia de los procesos electorales locales y se preparó insuficientemente para enfrentar las elecciones de 1991, en las cuales no obtuvo ni 10% de la votación.

El prd perdió la oportunidad de utilizar la fuerza electoral de Cárdenas para influir, desde una posición de fuerza, en un proceso de reformas políticas y sociales, al tiempo que Salinas respondió a la estrategia perredista con una actitud hostil y excluyente que no le permitió al prd influir, en el ámbito electoral y parlamentario, con lo que el prd se alejó de una práctica de tipo socialdemócrata.

Si bien las posiciones proclives al diálogo, impulsadas por Porfirio Muñoz Ledo y Gilberto Rincón Gallardo (Bartra, entrevista), supuestamente se lograron imponer a partir de 1994, ya no se hizo nunca, dentro del prd, un balance de las fuentes ideológicas que abrevaban ni de los supuestos teóricos sobre los que se fueron construyendo sus paradigmas; nuevamente se alejó la posibilidad de construir una opción propiamente socialdemócrata.

El planteamiento de una opción socialdemócrata en nuestro país sigue, por tanto, sin tomar un espacio en nuestro sistema de partidos. En las elecciones presidenciales del año 2000 Democracia Social, un partido nacido a partir de la iniciativa de un grupo de jóvenes intelectuales –algunos de ellos habían pasado por organizaciones de izquierda, otros habían estado cercanos al pri, la mayoría no había tenido partido– que logró aglutinar a ex militantes del map, como a Rolando Cordera y a otros como Adolfo Sánchez Rebolledo, que participaron durante algún tiempo en el prd, a varios ex comunistas, y a ciudadanos sin partido lo mismo que a organizaciones civiles, se planteó la construcción de una opción de este tipo.

Así, Democracia Social presentó una plataforma de carácter socialdemócrata y lanzó la candidatura de Gilberto Rincón Gallardo a la presidencia de la República. La opción, sin embargo, no contó con el 2% necesario para conservar su registro como partido político, al quedarse en un frustrante 1.98%. Hoy, el proyecto busca ser revivido en Socialdemocracia: el Partido de la Rosa. Existen algunos otros partidos que pretenden enarbolar esta bandera en la actualidad. Sólo el futuro dirá si alguna de estas opciones logra algún éxito electoral y si, logrado éste, consigue enarbolar una agenda socialdemócrata.

### Conclusiones

Hemos visto cómo, a partir de 1977, una porción de la izquierda mexicana, al participar en elecciones y al lograr relativos éxitos en ellas, modificó muchos de los paradigmas que tradicionalmente la alejaban de los valores democráticos en su lógica de ligar la democracia formal a los valores de la sociedad burguesa. Es por ello que se puede concluir que el pcm, a pesar incluso de su retórica comunista y de todas las inercias marcadas por su antigua dependencia frente al marxismo soviético, fue el partido que, desde la izquierda, antes y más pugnó por la transición democrática en México.

Este trabajo permite también demostrar, en un momento histórico en el que una coalición de derecha ha ganado las elecciones presidenciales y puesto fin a siete décadas de dominio priísta, que la izquierda jugó un papel muy importante en la transición democrática. De ninguna manera puede atribuirse este mérito exclusivamente al pan ni mucho menos a la Coalición que llevó a Vicente Fox a la presidencia de la República.

Para el caso que nos ocupa, valga la afirmación de que el pcm, y más tarde el psum y el pms, impulsaron la transición, a pesar de no buscarla siempre de manera explícita. Antes incluso de la reforma política y más explícitamente después de ella, el pcm luchó por la democracia, a veces sin conocer todo lo que implicaba construir un Estado democrático.

Es posible concluir, a partir de los elementos aquí expuestos, que a pesar de la importancia de que la izquierda haya caminado por la vía electoral como principal forma de lucha política, resulta todavía un lastre que no haya logrado articular un programa democrático que no sea sectario y excluyente, que logre distanciarse de actitudes de intolerancia y choque entre personalidades y que sea capaz de procesar la pluralidad política y social de nuestro país. Si bien esta investigación no permite explicarlo, al menos vale la pena anotar esto como una observación que, a la fecha, continúa siendo un lastre antidemocrático en la izquierda.

El psum fue un ejemplo de ello, pues a pesar de lo importancia que tiene haber logrado atraer a un abanico relativamente amplio de fuerzas de izquierda en la lucha por la democracia, el sectarismo de sus diferentes grupos y la hegemonía que nunca dejó de tener el pcm en sus órganos de dirección, representó un gran fracaso para la izquierda, no del todo superado con la creación de una fuerza más amplia como lo fue el pms. Si bien su corta duración no permite llevar a cabo un análisis exhaustivo, es posible afirmar que muchas de las contradicciones del psum no lograron ser superadas por el pms, a pesar de la virtud de haber logrado atraer a grupos radicales hacia posiciones moderadas.

Vale la pena sacar conclusiones sobre el porqué al hablar con personajes que recorrieron caminos históricos tan parecidos se escuchan versiones tan encontradas. Una probable explicación es el hecho de que la izquierda, a la fecha, no ha logrado resolver su relación con la democracia por más de que ésta es hoy un referente universal. Dos de los temas, a mi parecer todavía pendientes, son, por un lado el debate entre democracia y revolución (qué mejor ejemplo que un partido de la Revolución Democrática) y, por el otro, el compromiso con la legalidad, muchas veces ambiguo. Mientras no se resuelvan estos dos asuntos será imposible armonizar la relación entre la izquierda y la democracia.

En los partidos de izquierda que aquí se han estudiado, la ambigüedad se explica en buena medida porque muchos de sus cuadros, si bien decían comprometerse a respetar la legalidad, se reservaban en su fuero interno un espacio de no credibilidad en las instituciones, el cual les permitía, en determinado momento, reconocer y reconocerse en cualquier forma de lucha.

A pesar de que en la mayoría de los casos estos militantes no practicaran la vía armada —o hubiesen dejado de hacerlo— siempre podían argumentar que no estaba en sus manos impedir la existencia de grupos guerrilleros, pues éstos eran resultado de las condiciones de injusticia. Así, en la mayoría de los casos, y dado que estos grupos perseguían objetivos similares, había un espacio para la vaguedad en el que no se estaba con ellos, pero tampoco se les condenaba.

Esta postura llevaba a estas organizaciones a un reconocimiento sui generis de las luchas armadas que degradaba el valor de la política. Sin embargo, es necesario apuntar que no se trataba de una elección académica, sino de una realidad muy compleja que respondía a situaciones de muy diversa índole, algunas de tipo ideológico, es cierto, pero otras relacionadas con el contexto de un régimen político represivo que llevaba a posiciones radicales que es necesario comprender y no sólo criticar.

En el caso del pms, estas visiones se sumaron a las de aquellos cuadros que provenían de la guerrilla, como la Corriente Socialista, que habían pasado por un largo y tortuoso proceso de rectificación y que, a pesar de haber depuesto las armas, seguían pensando en una lucha que no acabaría hasta concluir en una revolución.

Estas posiciones, sin embargo, se vieron reflejadas en la radicalización de muchos de los planteamientos de la izquierda que, si bien no proponían directamente tomar las armas, pensaban que un movimiento político podía ir hasta el final en todas las condiciones. Ello se traducía en posturas de intransigencia frente a la negociación política, así como en otro tipo de planteamientos extremistas que poco tienen que ver con la realidad democrática.

Es cierto, en la lógica marxista-leninista, no había nada de erróneo en ello, pues en esta concepción las formas de lucha no están reñidas y es perfectamente posible abandonar los métodos armados para acogerse a la lucha electoral y legal. Sin embargo, más allá de la consistencia ideológica, en la práctica política esta conducta demerita el valor de la política y las elecciones.

Es importante reflexionar acerca de ello porque siendo el respeto a la ley uno de los pilares

de cualquier régimen democrático, su ausencia es también uno de los factores que dificultan que nuestra joven democracia se consolide. Durante la era priista un buen número de conductas ilícitas podían considerarse legítimas porque se asumía que los causas legales estaban cerrados ante el embate monopólico de un grupo que hegemonizaba todas las instancias del ejercicio del poder.

La matanza de estudiantes en 1968 dio argumentos a quienes pensaban que las armas eran la única vía de cambio efectiva. Sin embargo, todo esto empezó a cambiar en 1977 con la reforma política que transformó radicalmente las condiciones de participación. La ambigüedad frente a la legalidad, sin embargo, persistió y persiste hoy como un lastre en nuestra sociedad, del cual no ha logrado escapar la izquierda. Uno de sus mejores ejemplos es el coqueteo que ha habido entre ciertos grupos del prd y el ezln.

Influida todavía por la idea revolucionaria, la izquierda no ha logrado hacer a un lado la idea del asalto al poder, como tampoco de su ejercicio monopólico. De ello se derivan múltiples dificultades para asimilar que el Estado democrático debe ser un espacio de coaliciones en el que nadie gana todo ni pierde todo y donde intereses contradictorios deben estar representados y ser capaces de coexistir en un marco institucional aceptado por todos. Es importante que la izquierda asimile plenamente esta idea, pues de ello dependerá su viabilidad como opción de gobierno.

-Bartra, Roger (1982), *El reto de la izquierda*, Grijalbo, México.

-Bartra, Roger (2000), *La democracia ausente*, Océano, México.

-Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg (2000), *La mecánica del cambio político en México, elecciones partidos y reformas*, Cal y Arena, México.

-Bermejo Mora, Edgardo (1999), "Vivir de cara al sol, un recuento cronológico del PRD", en *Etcétera*, núm. 327.

-Bobbio, Norberto. Nicolai Matteucci, Gianfranco Pasquino (1981-82), *Diccionario de política*, Siglo XXI, México.

-Carr, Barry (1982), *La izquierda mexicana a través del siglo xx*, Era, México.

-Castillo, Heberto; Francisco Paoli, (1980), *El poder robado*, Edamex, México.

-Condés, Enrique (1990), *Los últimos años del Partido Comunista Mexicano 1969-1981*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

-Domínguez, José (inédito), "Testimonio sobre la Liga comunista 23 de Septiembre".

-Echeverría, Rodolfo, *Polvo de aquellos lodos (recuerdos y anécdotas en el PCM)* (inédito).

-Garrido, Luis Javier (1993), *La ruptura: La Corriente Democrática del pri*, Grijalbo,

México.

-Garza, Rosa María (1990), *El tambor del alba*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

-Gascón Mercado, Alejandro (2000), *Por las veredas del tiempo*, Universidad Autónoma de Nayarit, Nayarit.

-Gilbert César (1993), *El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México*, Instituto Mora/ Miguel Ángel Porrúa, México.

-Maldonado, Samuel (1989), *Los orígenes del prd*, Diéresis, México.

-Márquez, Manuel y Octavio Rodríguez (1973), *El Partido Comunista Mexicano (en el periodo de la Internacional Comunista 1919-1943)*, El Caballito, México.

-Martínez Nateras, Arturo (1972), *No queremos apertura queremos revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México.

-Martínez Verdugo, Arnoldo (1981), "Cambiar la vida, Discurso de clausura del festival de la unidad", *El proyecto socialista*, Ediciones del Comité Central, México.

-Nuestro Tiempo (1978), *La reforma política y la izquierda*, Nuestro tiempo, México.

-Panebianco, Angelo (1988), *Political parties: organization and power*, Cambridge University Press.

-Partido Comunista Mexicano (1980), "Las tesis políticas del pcm, proyecto para el XIX Congreso", *El Machete*, México,

-Partido Mexicano Socialista (1988), "El pms frente al nuevo gobierno", folletín publicado por el partido (sin fecha).

-Peláez, Gerardo (1989), "Partido Comunista Mexicano: su historia electoral", en *Socialismo*, núms. 3 y 4: 87-99

-Pereyra, Carlos (1990), *Sobre la democracia*, Cal y Arena, México.

-Rincón Gallardo, Gilberto (1999), *A contracorriente*, Centro de Estudios para la Reforma del Estado, México.

-Romero, Jorge Javier (1998), *La democracia y sus instituciones*, Instituto Federal Electoral, México.

-Romero, Jorge Javier (inédito), "Permanencia y cambio en el entramado institucional mexicano", tesis doctoral.

-Santiago, Javier (1987), *PMT, la difícil historia (1971-1986)*, Posada, México.

-Sartori, Giovanni (1980), *Sistemas electorales y partidos políticos*, Alianza Editorial, México.

-Tamayo, Jaime (1993), "La socialdemocracia y el populismo en México", en Menno Vellinga (coord.), *Democracia y política en América Latina, Siglo XXI*, México.

-Woldenberg, José (1988), *Memoria de la izquierda*, Cal y Arena, México.

-Zermeño, Sergio (1998), *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI Editores, México.

1 Se incorporaron al primer grupo parlamentario comunista encabezado por Arnoldo Martínez Verdugo los siguientes: Valentín Campa, Gilberto Rincón Gallardo, Pablo Gómez, Ramón Danzós Palomino, Gerardo Unzueta, Othón Salazar, Evaristo Pérez Arreola y Antonio Becerra, del pcm; Alejandro Gascón Mercado, Manuel Stephens, Sabino Hernández, Fernando Peraza y Santiago Fierro del ppm; Roberto Jaramillo, Arturo Salcido y Juventino Sánchez del psr; y Carlos Sánchez Cárdenas, del maus.

2 El centralismo democrático surge de la concepción leninista de partido comunista organizado a partir de una estructura de tipo vertical. "Su secreto consiste en cortar las comunicaciones horizontales, en no tener líneas de comunicación más que de tipo vertical y en especial descendente" (Giovanni Sartori, 1980:134).

3 El Diccionario de política de Norberto Bobbio afirma que la revolución tiene un carácter inevitablemente violento. Si nos remitimos a su definición, aquellas posturas suponen una gran contradicción, puesto que revolución se define como "la tentativa, acompañada del uso de la violencia, de derribar a las autoridades políticas existentes y de sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-constitucional y en la esfera socioeconómica" (Bobbio, 1981:1412).

4 Integraron la Comisión Política veinte miembros, asignando de manera equitativa cuatro personas a cada partido: Pablo Gómez, Gilberto Rincón Gallardo, Enrique Semo y Arnoldo Martínez Verdugo, por el pcm; Ángel Bravo, Florentino Jaimes, Roberto Jaramillo y Raúl Muñoz, por el psr; Salvador Castañeda, Alejandro Gascón Mercado, Fernando Peraza y Manuel Stephens, por el ppm; Rolando Cordera, Eliezer Morales, Pablo Pascual y Arturo Whaley, por el map; y Edmundo Jardón, Alberto Lumbreras, Carlos Sánchez y Miguel Ángel Velasco, por el maus.

5 Alumno y seguidor de Vicente Lombardo Toledano, Gascón había permanecido en el Partido Popular Socialista, en el cual hizo escuela, entre 1947 y 1975. Muerto Lombardo, la secretaría general del partido quedó en manos de Jorge Cruickshank García –un político oportunista y de pocos escrúpulos, como lo juzga el propio Gascón (Gascón, 2000)–, bajo cuya dirección, Gascón y su grupo permanecieron los siguientes ocho años. Con el paso del tiempo, el nayarita adquirió una experiencia política y una fuerza social importante en su estado, la cual le permitió ser electo alcalde de Tepic en 1972 y gobernar su ciudad capital. En 1975, sin embargo, cuando compite por el gobierno del estado, pierde la elección, producto de un presunto fraude. Entones, Cruickshank negocia con Porfirio Muñoz Ledo,

entonces presidente del pri, una senaduría a cambio de que el partido cese en sus reclamos electorales en Nayarit. Es por ello que Gascón, indignado, renuncia al pps y forma su propio partido, el ppm.

6 El map se constituyó formalmente en enero de 1981 y su ingreso al nuevo partido fue anunciado en septiembre de ese mismo año.

7 Ni Alejandro Gascón Mercado ni Salvador Castañeda se integraron. La cp quedó conformada por Pablo Gómez, Jorge Alcocer, Valentín Campa, Iván García, Arnoldo Martínez, Eduardo Montes, Marcos Leonel Posadas, Gilberto Rincón, Gerardo Unzueta y Eduardo González por el pcm; Rolando Cordera, Pablo Pascual, Adolfo Sánchez y Arturo Whaley, por el map; Sabino Hernández y Manuel Stephens por el ppm; y Miguel Ángel Velasco por el maus. En el secretariado quedaron: Hernández, Rincón Gallardo, Stephens, Alcocer, Sosa Castro y Gómez, en la secretaría general.

8 Crónica del sexenio 1982-1988, Las razones y las obras, Gobierno de Miguel de la Madrid H., tercer año.

9 Un grupo de ex militantes del pst que habían roto con Rafael Aguilar Talamantes. Aguilar Talamantes, quien había sido miembro de la jc y dirigente de la cned, tras salir de la prisión a la que es llevado en 1967, se vincula con el presidente Echeverría, con quien traba una amistad personal y quien, de una u otra forma, ve con buenos ojos su deseo por construir un partido político. Fundado en 1973 por Aguilar Talamantes, Graco Ramírez Abreu, Rafael Fernández Tomas y Jorge Abaroa Corona, entre otros, el pst era un partido con muchos cuadros jóvenes. Más cercano a la tradición revolucionaria mexicana que a la soviética, como el pcm, el partido se definía respetuoso de la legalidad y de la constitución, con lo que juega un papel importante en la reforma política, logrando, por escaso margen, registro y fracción parlamentaria en 1979.

Visto como un partido satélite por la relación estrecha que con el presidente Echeverría guardaba Aguilar Talamantes, el pst se diferenciaba de otros partidos como el pps, por tener una vida política propia, por la existencia en sus filas de cuadros relevantes para la izquierda y por tener una postura más proclive a la negociación con el régimen, distante a considerar al pri como un obstáculo para hacer avanzar la democracia (Jorge Javier Romero, entrevista).

Con una actitud cerrada a la unidad de la izquierda en 1981, logró nuevamente en 82 conservar una fracción parlamentaria y presentar a un candidato propio a la presidencia de la República: Cándido Díaz. En 85 consiguió incluso más diputados que el pmt, hasta que se generó un conflicto interno, entonces soterrado, entre las figuras de Graco Ramírez y Aguilar Talamantes que lleva a un grupo importante a salir de las filas del partido y formar la Asamblea Nacional Extraordinaria del pst.

10 Cuentan que el entierro de una parte de las armas en Oaxaca valió una ceremonia en la que se derramaron lágrimas.

11 Una organización de matriz radical que contaba entre sus líderes a Mario Saucedo, con

militantes provenientes de la guerrilla de Genaro Vázquez.

12 Un movimiento formado para apoyar la candidatura de Cárdenas y cuyos miembros provenían de una importante escisión en el prt (Antonio Santos, Ricardo Pascoe, Adolfo Gilly, Carlos Imaz, etc...); miembros del ceu, así como de la Organización de Izquierda Revolucionaria (Armando Quintero, Rosario Robles, etcétera).

13 Más de 900 actos en todo el país habían sido realizados en apoyo a CCS hasta el mes de abril (Samuel Maldonado, 1989:180).

14 Vale la pena comentar que en este mitin CCS recibió el apoyo del pms regional, en la persona de Jaime Meraz, representante de este partido, quien criticaba a la dirección nacional del mismo por negarse a concretar una candidatura única a la presidencia de la República.

15 El primer Consejo Nacional del nuevo partido quedaría integrado por: Raúl Álvarez Garín, Cristóbal Arias, Rodolfo Armenta, César Buenrostro, Marcos Rascón, Ignacio Castillo Mena, Rosalba Garavito, Samuel del Villar, Cuauhtémoc Cárdenas, Saúl Escobar, Humberto Zazueta, Luis Javier Garrido, Heberto Castillo, Gilberto Rincón Gallardo, Andrés Manuel López Obrador, Ricardo Pascoe, Ifigenia Martínez, Moisés Rivera, Porfirio Muñoz Ledo, Camilo Valenzuela, Graco Ramírez, Adolfo Gilly, Antonio Santos, Roberto Robles G., Celia Torres, Ricardo Valero, Martha Maldonado, Rosalío Wences, Lucas de la Garza, Arnoldo Martínez y Leonel Durán.

16 "Lázaro Cárdenas escribió en su apuntes de diciembre de 1935, durante la crisis política que lo enfrentó a Calles, que: '(...) los conservadores de México, enemigos del programa social de la Revolución, quisieran en la política del gobierno la democracia que se practica en los Estados capitalistas; es decir libertad para sus intereses e imposición de su criterio'. También escribió en la misma página dos tesis que sin duda habrían podido salir de la boca de cualquier marxista de los años treinta: 'la democracia en los Estados capitalistas sólo será teórica. Siempre influirá el más fuerte'; 'No puede existir democracia política mientras no se imponga la democracia económica'" (Bartra [1986] 2000:23).